



OTROS MUNDOS OTROS TIEMPOS

S. GARDNER / ASIMOV / STURGEON / K. DICK Y OTROS



El presente volumen ofrece al lector algo más que una excelente selección de obras cortas de ciencia ficción, pues las narraciones que incluye contienen elementos de intrigante acción policíaca y de amor extravagante que son inusuales en el género.

Otros mundos son aquellos que vivieron los neoyorquinos bajo un nuevo Diluvio —a resultas del desplazamiento de los Polos—, según cuenta Erle Stanley Gardner en *Nuevos mundos*: la descripción de las trágicas consecuencias y fascinantes aventuras originadas por tal catástrofe en una ciudad como Nueva York.

Otros mundos, también, son los de la remota estación interplanetaria de control del asteroide Y-3 narrados por Philip K. Dick en *Flautistas en el bosque*. O el terrorífico mundo del bosque poblado de árboles carnívoros descrito en *El pecado de Hyacinth Peuch* por Eric F. Russell.

Y *otros tiempos* los que recorrió el científico que viajó hacia el futuro y fue asesinado en su itinerario por el tiempo, según narra Charles E. Maine en *La carretera J*. Para no hablar de los que contempló *El hombre que vio el futuro*, el pobre brujo medieval que murió en la inquisitorial hoguera.

Aunque no todo es tragedia y terror en *Otros mundos, otros tiempos* como lo demuestra la tierna historia de amor de aquel pintoresco personaje de Robert Bloch que se enamoró de un robot femenino en la narración *El metal que te encanta tocar*.

Contenido

Nuevos mundos (New Worlds, 1932), Erle Stanley Gardner, con introducción de Sam Moskowitz

La carretera J (Highway J, 1953), Charles Eric Maine

El pecado de Hyacinth Peuch (The Sin of Hyacinth Peuch, 1952), Eric Frank Russell

¿A la abeja le importa? (Does a Bee Care?, 1957), Isaac Asimov

El metal que te encanta tocar (The Tin You Love to Touch, 1951), Robert Bloch

Sombra, sombra en la pared... (Shadow, Shadow, on the Wall..., 1951), Theodore Sturgeon

El hombre que vio el futuro (The Man Who Saw the Future, 1930), Edmond Hamilton

Flautistas en el bosque (Piper in the Woods, 1953), Philip K. Dick

NUEVOS MUNDOS

Erle Stanley Gardner

Introducción de Sam Moskowicz

Ningún libro ha influido más sobre la literatura mundial que la Biblia, y tampoco la ciencia ficción ha sido inmune a su influencia. Un catálogo de toda la ciencia ficción que en todo o en parte ha recibido de la Biblia su inspiración, sería en sí un proyecto bibliográfico de gran envergadura; uno de los temas más trágicos y fascinantes derivados de esa fuente es el de Noé y el Arca. *Nuevos mundos*, de Erle Stanley Gardner, se basa en la premisa de un desplazamiento de los Polos que ha causado un segundo Diluvio, y describe vivamente las consecuencias y aventuras que la catástrofe origina.

Nuevos mundos pertenece a la gran tradición de la catástrofe mundial y es una historia sensacional, extrapolada a partir de serias consideraciones. Habría que preguntarse, entonces, en qué la narración de Erle Stanley Gardner se diferencia de otras excelentes del mismo tema que la precedieron. Ciertamente la más clásica, *El segundo Diluvio*, por Garret P. Serviss (1911), en que Cosmo Versal repite la hazaña de Noé y construye un arca gigantesca para auxiliar a la Humanidad, es difícil de mejorar. En un concurso auspiciado por *Wonder Stories* en su edición de febrero de 1933, se propuso otra posibilidad para el salvamento de —por lo menos— un fragmento de la Humanidad: en *La amenaza lunar* (*The Moon Doom*), una narración inconclusa de Nathaniel Salisbury, los continentes se inundaban cuando la Luna se acercaba demasiado a la Tierra. Los jurados William Lichtenstein, Wesley P. Baird y Clinton Earle Fiske la

completaron, turnándose, en tres entregas más, con siete hombres y mujeres que lograron sobrevivir circundando la Tierra en un objeto volador semejante a un satélite hasta que la inundación retrocedía. *El diluvio*, de S. Fowler Wright, fue un *best seller* en 1928, y la RKO la convirtió en una película presentada en 1933 con el mismo nombre. En *El diluvio* ciertos cambios en la superficie de la Tierra anegan los continentes y eliminan a la mayor parte de la Humanidad. La novela estudia la psicología humana en las condiciones posteriores al diluvio y especulan sobre la naturaleza de la nueva sociedad que emergerá.

Dicho simplemente, *El segundo Diluvio* involucraba el derrumbe de una civilización por obra de un desastre acuático; *La amenaza lunar* representaba el tipo de narración vinculado el ingenio científico humano aplicado a la supervivencia, y *El diluvio* constituía una exploración de la naturaleza humana. *Nuevos mundos* no cae dentro de ninguna de estas tres categorías, pero está escrita para llenar deliberadamente una necesidad psicológica del lector de ciencia ficción.

Nuevos mundos subraya el conocimiento que tiene el autor de que los relatos de catástrofes, independientemente de la naturaleza del desastre, son tan populares porque liberan al individuo vicariamente de las responsabilidades de la familia, la ley y la conciencia, al suprimir todo aquello que ata, reprime o inhibe. Gardner se preocupa especialmente de usar el cataclismo como un medio para poner a un pequeño grupo de individuos frente a inusitadas aventuras. En tanto que describe gráficamente la catástrofe, porque es hecho demasiado excitante para pasarlo por alto, incorpora elementos de los cuentos del Oeste, de la jungla y policiales para señalar el suspense personalizado. El desastre puede ser tremendo, pero simboliza para el lector el fin del viejo orden, y la fuga. Todas las leyes han caducado,

y el lector, identificándose con uno de los sobrevivientes, puede borrar la pizarra y empezar de nuevo.

I

¡Inundación!

Phil Bregg era un forastero en la ciudad, y lo sentía hasta el fondo. Le pesaba el corazón, tenía nostalgia, y estaba harto de la lluvia que había comenzado la noche anterior. En las zonas ganaderas del Oeste había visto violentos aguaceros, pero nunca con lluvia como la que azotaba la ciudad. Como era un extraño, no comprendía que la lluvia era un fenómeno inusitado. Ni siquiera le asombró encontrar la calzada inundada hasta la acera.

Ahora, bamboleándose en el Metro, mientras el tren se agazapaba sobre los carriles, estudió a las personas que tenía enfrente; sus ropas despedían vapor, y tenían los pies mojados. Era todavía muy temprano.

La vida en la gran ciudad estaba bien para los que la habían elegido, no para él. Ociosamente leyó los titulares de un periódico que alguien tenía en la mano: «Inundaciones sin precedentes arrasan el país.»

Phil Bregg bostezó. Luego sus ojos percibieron el subtítulo: «Arizona anegada.»

De sus labios brotó una involuntaria exclamación. El hombre del periódico levantó la vista, vio la mirada de Phil clavada en el titular, y lo miró con desaprobación. Phil, con la rápida cordialidad de los espacios abiertos, trató de dar una explicación.

—Arizona es mi Estado —dijo—. Vi que estaba lloviendo allí, y eso no pasa nunca.

En su Estado, la observación hubiera provocado una sonrisa, un saludo, quizás un apretón de manos. En el Metro de Nueva York solamente hizo que la gente lo mirara con una curiosidad fría e impersonal.

Phil sintió que se ruborizaba bajo la piel bronceada. Sus grandes manos se sentían torpes e incómodas. Le parecía que era todo manos y pies, se sintió avergonzado, y sin embargo comprendió amargamente que eran los demás quienes hubieran debido sentirse avergonzados.

Una mano le tocó la manga. Bajó la vista: una muchacha le sonreía.

—Pasé un invierno en Arizona —dijo ella— y sé cómo se debe sentir. Es curioso que esté lloviendo. Pero si en Tucson...

Nada en su vida le había parecido a Phil tan bueno como esa mano, el sonido de esas palabras y esa mirada amistosa.

—Tucson, señorita —dijo—. ¿Conoce usted el lugar? Bruscamente, el tren se quedó inmóvil.

Phil miró las paredes negras y olvidó las palabras que tenía en la lengua. Se sentía como enterrado vivo. Sus ropas húmedas estaban pegajosas. Se olía en el aire la humedad de la muerte.

—Ug —dijo.

La figura de la muchacha parecía tensa, mientras miraba por la ventana.

Había más adelante una luz roja entre los rieles. Un hombre llegó corriendo. El conductor bajó su vidrio, y hubo un rumor de voces. De las tinieblas brotó la parte posterior de otro tren que retrocedía lentamente.

Su propio tren empezó a retroceder, ganando velocidad.

La muchacha lanzó una exclamación.

—Pasa algo más adelante. Llegaré tarde a la oficina.

El tren continuaba retrocediendo, así como el otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre, pero nadie contestó su pregunta.

Un silbato sonaba en forma intermitente. Luego se encendieron las luces, y el coche se detuvo.

Un guarda ladraba órdenes.

—¡Abajo todo el mundo...! Tienen que subir y dirigirse a su destino por medio de los transportes de superficie. ¡El Metro está interrumpido!

Hubo un sofocado coro de protestas. Alguien pedía que le devolvieran el dinero. Otros clamaban por una explicación.

—¡Rápido! —dijo el guarda—. Hay agua en el Metro.

Phil Bregg no conocía las grandes ciudades, pero sí conocía a los hombres y sabía lo que era una emergencia. Sintió en la voz del hombre algo muy parecido al pánico.

—Apresurémonos —dijo—. Parece serio.

Tomó del brazo a la muchacha que había estado en Tucson.

Ella dejó que él le abriera paso a través de la multitud; juntos giraron por las escaleras en el centro de una confusa e hirviente masa de personas.

Emergieron a la oscura luz del día, y les saludó la lluvia. La calzada estaba cubierta de agua: algunos taxis se movían lentamente, y aquí y allá se veían coches detenidos. La gente, hundida hasta los tobillos, miraba la calle con la boca abierta.

La lluvia caía sin interrupción del cielo plomizo.

—He visto aguaceros en Arizona —dijo— y a veces a uno se le mojan los pantalones, pero no creo haber estado tan empapado en mi vida.

La muchacha tenía expresión de preocupación.

—Esto es grave —dijo—. El agua está subiendo. Se siente la corriente en los pies.

Phil señaló los elevados rascacielos cuyas torres se perdían en la humedad.

—Por lo menos podemos trepar tanto como queramos. Ella asintió.

—Entremos en alguno. Quiero telefonar a mi oficina.

Subieron por las escaleras de mármol, abriéndose camino a través de la multitud de personas que buscaban refugio. Mojados, silenciosos, parecían ovejas apilotadas en una isleta en medio de un río durante la crecida.

Entraron a un salón donde todo parecía normal y cotidiano. En un ángulo había una tienda de tabaco. Un ordenanza uniformado dirigía el tráfico de los ascensores: un gran tablero de luces de colores mostraba los desplazamientos de las cabinas.

—Lo siento —dijo una voz—, pero no pueden estacionarse aquí. Si tienen algo que hacer, pueden subir.

—Querría un teléfono —dijo la chica.

El hombre uniformado hizo un gesto con su mano enguantada.

—Lo lamento, pero esto es una emergencia. No pueden quedarse en el salón. Son órdenes.

Se volvió para hablar con una mujer de cara asustada que tenía en brazos a un niño lloroso.

—Lo siento: no pueden quedarse aquí...

Las palabras se perdieron ante el ruido de dos docenas de personas que entraban al mismo tiempo. Porque el agua en lugar de fluir silenciosamente junto al edificio había elevado su nivel, con una ola en miniatura, en unos buenos cincuenta centímetros.

Phil empujó a la muchacha hacia un ascensor.

—Puede conseguir un teléfono en una de las oficinas de arriba —dijo—. Aquí va a haber un tumulto.

La chica se dejó llevar. La puerta se cerró y la cabina ascendió.

—Se debe haber roto un dique en alguna parte —dijo ella—. No puede ser que tanta agua proceda de la lluvia. Y seguramente los desagües estarán obstruidos. ¡Por Dios, me aterra pensar en la gente apretujada en el Metro! ¡Espero que el agua no siga subiendo!

El ascensor subía.

—Directo hasta el piso treinta —dijo el ascensorista.

—El treinta —dijo ella.

La cabina se detuvo bruscamente; experimentaron una leve sensación de mareo; se abrieron las puertas y bruscamente se apagaron las luces. El ascensorista tocó la puerta, y movió el control de un lado a otro.

—Suerte que pidieron parada —dijo el hombre, sonriendo—. Se ha cortado la corriente.

Phil Bregg tomó instintivamente el brazo de la muchacha.

—Busquemos un teléfono —urgió.

Caminaron por el corredor probando las puertas: todas estaban cerradas. Aquí y allá encontraron personas que pasaban corriendo a su lado. De la calle, muy abajo, llegaba un vago rumor de inundación. Era tan parecido al ruido del tráfico que durante un rato ninguno de los dos le prestó atención.

Finalmente encontraron una oficina abierta, abandonada. La muchacha se acercó al teléfono, lo probó y murmuró una exclamación.

—No hay línea —explicó.

Por las ventanas parecía crecer el rumor; por debajo se escuchaba una nota aguda, un gemido ululante que parecía un chillido compuesto de diversos elementos.

—Quiero mirar abajo —dijo ella—. Parece que el tráfico se ha reanudado. Puedo conseguir un taxi.

Avanzó hasta una de las ventanas de la oficina desierta, miró afuera, dejó escapar un breve grito y dio un salto atrás, con la mano en la garganta.

—¿Qué ocurre?

Ella señaló la ventana.

—¡Mire!

Phil apretó su cara contra el vidrio.

Los edificios formaban un cañón de cemento. La cumbre era irregular, ahuecada aquí y allá por edificios de me-

nor altura. Phil, poco acostumbrado a esta orografía de acero y cemento, no pudo ver nada anormal durante uno o dos segundos, hasta que sus ojos enfocaron la calle, a través de la superficie húmeda del vidrio, una cinta delgada donde se movían objetos oscuros.

Al principio creyó que el tránsito había recommenzado. Luego vio que avanzaba sólo en una dirección, y que no se movía por sus propios medios: una torva y rugiente avalancha oscura arrastraba los coches y hacía girar unos puntitos negros que eran personas mientras los impulsaba hacia delante aceleradamente.

Aquí y allá había gente que nadaba tratando de resistir la corriente. Un hombre se aferró a la ventana de un edificio al pasar a su lado, y trató de meterse en el interior: sus movimientos parecían penosamente lentos y deliberados, y Phil hubiera querido gritarle que no se durmiera.

Después advirtió que era la fuerza de la corriente lo que le impedía subir. Sus músculos lucharon contra esa fuerza, y el hombre logró meterse por la ventana.

Otro hombre fue arrastrado hasta esa misma ventana, y trató de hacer lo mismo: el agua le obligó a soltar la ventana y lo arrastró al centro del torrente.

Phil localizó la fuente del ruido: el agua chocaba contra las salientes de los edificios y se rompía en altas masas de espuma, como cuando un torrente de montaña encuentra una roca sumergida.

—Estamos muy lejos de abajo —dijo—. ¿Por qué no subimos hasta el último piso y miramos la ciudad desde lo alto? Tal vez veamos de dónde viene el agua.

—Son quince pisos —respondió ella.

—Será un buen ejercicio —dijo él.

Ella asintió, pálida, tensa. Empezaron a subir. En alguna parte del gran edificio de oficinas una muchacha gritaba histéricamente: las puertas de caoba y el revestimiento de mármol de los pasillos reflejaban el eco de sus gritos.

Se detuvieron dos veces a descansar, y luego treparon hasta el último piso.

—Hay una torre —dijo la chica—. Veamos si está abierta.

Encontraron una escalera de caracol, y siguieron subiendo hasta una puerta abierta. La lluvia azotaba la abertura rectangular y el agua corría por los escalones formando charquitos.

Phil la tomó del codo, y salieron al exterior, desafiando la lluvia. Mientras lo hacían, el enorme rascacielos tembló apenas, como si un escalofrío recorriera la estructura de cemento. La torre parecía oscilar.

—La debe mover el viento —dijo Phil.

Lucharon para llegar al borde del terrado. Ahora el viento soplaba con menos violencia, pero las gotas de agua les picaban en la piel.

El agua siseaba en la calle. No había coches arrastrados: Phil pensó que la corriente debía ser ya demasiado profunda.

Había en cambio innumerables puntos negros que se debatían, giraban, gritaban y desaparecían de la vista. La esquina era un vasto remolino al que esos puntos negros eran aspirados como pajas.

De pronto cesó la lluvia.

Las nubes se abrieron por un instante, y se vislumbró el sol.

—Escampa —dijo Phil.

Aparentemente, había dejado de llover en una zona bastante grande. El retazo de cielo azul se agrandó. Los cálidos rayos del sol brillaron tranquilizadores.

De un pequeño ático situado sobre el terrado salió apresuradamente un hombre: traía en la mano un instrumento similar al sextante del capitán de un barco. Se detuvo y alzó el instrumento hasta la altura de sus ojos.

Permaneció así un momento, dorado por el sol, recortado sobre el cielo sobre el alto edificio. Luego bajó el instrumento, leyó a través del cristal de aumento el ángulo obtenido, sacó un reloj y aparentemente reparó por vez primera en Phil y en la muchacha.

Miró a ambos con los ojos muy abiertos.

—¡Más de cinco grados de diferencia con el plano de la eclíptica! —exclamó—. ¿Me escuchan? ¡Más de cinco grados!

Phil Bregg dio un paso adelante, interponiéndose entre el hombre y la muchacha.

—Está bien, señor —dijo en tono calmoso—. Se habrá roto algún dique y el agua está subiendo, pero pronto bajará.

El hombre hizo un gesto de impaciencia.

—Están locos —dijo—. ¿No ven lo que ocurre? El agua no va a bajar. Va a subir y subir. ¡Es el fin de la raza!

Se volvió y caminó rápidamente hacia su ático.

—Se ponen igual cuando hay una estampida —dijo Phil, sin dejar de tranquilizar con su sonrisa a la muchacha—. Ya está aclarando. El agua empezará a bajar dentro de unos momentos. Cuando se rompe un dique el agua sube rápidamente y baja con la misma rapidez.

Sin embargo, en su alma había una inquietud que su voz manifestaba.

La muchacha asintió valientemente, pero se le ensancharon los ojos y gritó:

—¡Oh! ¡Mire! ¡Mire!

II

El principio del fin

Calle abajo, muy lejos, se erguían las torres de uno de los más altos rascacielos, coronadas por una torre central. Toda la estructura estaba punteada en forma regular por los rectángulos pequeños y oscuros de las ventanas, que contrastaban con la blancura del edificio.

Esa torre estaba ahora un poco inclinada. Mientras la muchacha la señalaba, la torre volvió a inclinarse, se detuvo, y luego empezó a caer.

Era una caída lenta y majestuosa, como la de un gigante del bosque bajo el hacha de un leñador. El edificio se movía cada vez más rápido, pero el colapso total pareció llevar una eternidad.

Cuando la torre central alcanzó un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, se desprendió la parte superior. La albañilería rota se derrumbó en una lluvia de escombros.

Ése fue el principio de la repentina desintegración del rascacielos, que parecía partirse por media docena de sitios. La velocidad de la caída aumentaba. Finalmente el edificio se desvaneció entre las construcciones menores que lo rodeaban.

Durante un instante hubo silencio: el rascacielos simplemente había desaparecido. Luego surgió una tremenda nube de polvo y se alzó un gran surtidor de agua: uno o dos segundos más tarde se oyó un impacto estremecedor que conmovía la conciencia, golpeaba los tímpanos, parecía reverbear en el suelo y el aire.

Como si hubiera sido una señal, las nubes volvieron a cubrir el sol y se descargó nuevamente la lluvia torrencial.

El hombre salió corriendo del ático.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

Los labios de la chica se movieron sin poder articular un sonido.

—Uno de los edificios se cayó —dijo Phil, en voz que la excitación hacía chillona.